

El hotelito en que me hospedé estaba rodeado de bosques de eucaliptos y casuarinas. Casona antigua descosida por el tiempo; abundosas enredaderas de madreselva y jazmín del país; álamos finisimos que se daban de cabeza contra la luna fría y azucarada de la pos-medianoche.

Quedaba mi habitación en la dependencia más lejana de la casa: anexo de empírica construcción colonial, adonde llegaba, directo, el canto cálido de las urracas.

Había llegado a la siesta, y un mozo español, esculpido a esqueleto por una tonante bacilosis, acompañado a mi dormitorio, donde, sin abrir las valijas siquiera, me eché sobre una cama de hierro blanco y colcha igual. Tirada sobre el poco muelle colchón, examiné el cubículo albergante: alto el techo, cruzado de vigas negras; recién encaladas las paredes rosa pálido; una mesa de pino, monda de todo adorno que no fuera su cepillada y blanca madera; un lavabo con agua corriente en un ángulo — pequeña avanzada de civilización en aquel mundo de residuos y agria naturaleza —; un ropero empotrado en la pared con sumaria cortina de cretona por puerta, y suelo de grandes baldosas rojas.

Retrocedía de pronto treinta años en aquella decoración rústica y me sentía bien, alejada del civilizado mundo que me había expulsado, siquiera por un mes, de sus gases deletéreos.

Afuera la tierra, perfumado bollo calizo, se tostaba al sol, mientras los dedos de mis pies tanteaban la fresca cal de la pared vecina. El agujereo continuo de las urracas me recordaba mi infancia en San Juan, donde solía oír las largas horas, mientras, en pandilla feliz, nos zambullíamos de canal en canal, las manos cargadas de racimos de uva y agrios membrillos dorados.

El sueño profundo de mis primeros años me hizo la gracia de su presencia y desperté ligera.

Deseaba no encontrarme con caras conocidas, y, cuando llegó la hora de cenar, comprobé, con alegría, que seres indiferentes me rodeaban. Comí una carne a la parrilla, deliciosamente adobada — ¿con qué? — y atravesé sola, en la sombra, las calladas alamedas resinosas. Posaba el pie como sobre tierra recién nacida, y de tanto en tanto, me abrazaba al tronco de los árboles en un reconocimiento de energía primera.

Aprendí a dormir de nuevo bajo pesadas estrellas harinosas, en punto de dehiscencia; a descarnar flores en ocio investigador; a ver, por las noches, el oleaje de las luciérnagas que se mueven con ritmo de mar tormentoso sobre el plano negro del suelo.

También vi los viejos hombres de que hablan las novelas nacionalistas. Estaban secos como sarmientos y no hablaban. Se les desprendían de los ojos, en mirar sesgado, juicios agudísimos y lapidantes. Seguían pegados al caballo parsimonioso, mientras la mano iba al ala del sombrero en



un movimiento seco y sobrio. Me hablaron de las tarántulas: eran plaga en el hotel y su parque. Aparecían en los dormitorios, baños, corredores, comedor; se albergaban en los zapatos, decoraban sombreros, paseaban por los caminos en grupos obesos. Había tantas, se contaba, que una señora inglesa, espantada de verlas, pidió por teléfono a la ciudad más vecina un aeroplano, y huyó del lugar el mismo día de llegada. Anunciaba la presencia de una araña, una alharaca particular: voces femeninas daban gritos de alarma que siempre terminaban en risas: cuando gritaban, la araña estaba viva; cuando reían, muerta.

Había visto alguna en los corredores, sobre las puertas. Medían, extendidas, unos doce centímetros; eran corpulentas, de patas peludas y boca siniestra, semiperdida en dibujos bellos y macabros, color hueso de muerto y pardo obscuro. Pero llevaba una semana en el hospedaje sin que mi cuarto fuera visitado por ninguna.

Cierto día, la chiquilla de la la-

CATALINA

Por

ALFONSINA

STORNI

ILUSTRACION DE

JUAN CARLOS HUERGO

vandera, que entraba conmigo, me advirtió: — ¡Mire; una!

— Dame un palo.

— No la mate, pobrecita...

Estaba sobre la cabecera de mi cama, unos diez centímetros más abajo de la línea que unía la pared con el techo, y era particularmente voluminosa.

Pero el deseo de la chicuela fué respetado y no la maté.



Catalina, le había puesto por nombre, sin que pudiera precisar

a qué razones obedecía tal bautizo.

El nombre se me vino a los labios mirándola, y la llamé así, en voz alta, sin que la araña diera muestras de haber advertido mi presencia.

Catalina permaneció unas tres horas en el mismo sitio, estampada en la pared rosada, y, por fin, creo, se puso a dormir.

Había encogido las tres patas del costado izquierdo, enrulándolas sobre sí mismas, y alargado, hacia la derecha, las otras tres, como si fueran cuerdas distendidas.

Parecía un extraño instrumento musical; una pequeña arpa asimétrica que se autopulsara.

Cambié de sitio repetidas veces observando la pequeña maravilla siniestra, y me puse en línea recta con su cuerpecillo para verla bien, desde abajo.

Mi mirada topó con la boca, y un calofrío me recorrió entera.

Revisé mi mosquitero para comprobar si su malla tenía roturas y obturé hasta las más pequeñas empeñosamente. Al acostarme permanecía sobre mi cabeza, pero ya despierta, pues sus seis patas

tenían la posición habitual que advertimos en toda araña sobre una pared.

Después, y por espacio de dos días, Catalina emprendió un movimiento lento y regular hacia mi derecha, puesta yo a su frente; fiel a la primera altura en que la había descubierto.

Cada dos o tres horas avanzaba, matemáticamente, un cuarto de metro. Me divertía comprobarlo y la saludaba al entrar con frases cariñosas, pues le había perdido todo temor. De vez en cuando estallaban los gritos de alarma y sus correspondientes aludidas risas, y entonces miraba a mi Catalina con cierto orgullo. Me sentía ligeramente superior a los veraneantes insecticidas y con sentido humorístico venía a mi memoria el ejemplo de San Francisco.

Contaba en el comedor mi amistad con la tarántula, y grupos juveniles se metían en mi cuarto a contemplar la araña, viva por mi deliberada voluntad.

Siempre me expresaba sobre ella alegremente y mis referencias a Catalina provocaban también la hilaridad de mis interlocutores: se había convertido en el personaje principal de aquel mundo fácil y desocupado. Hubiese yo querido que hiciera monerías por relatarlas, y canté, alguna vez, para atraer su atención, sin el menor éxito: seguía avanzando siempre hacia mi derecha, a igual altura, muy cerca de la línea del techo.

Ya estaba sobre el lavabo, pues se había recorrido, de extremo a extremo, dos de las paredes del cuarto, y me aprontaba a verla dar la vuelta a la habitación, como Elcano al mundo, siempre a la misma latitud, sobre el mar de cal, pequeña barca negra...

Pero el destino le tenía reservada una sorpresa a mi blanca mano derecha, dulcemente inofensiva.

Serían las diez de la noche cuando ocurrió el drama. Estaba yo cerca del lavabo y me eché sobre los hombros una salida de cama verde, jaspeada de negro.

¿Me confundió con un árbol? Catalina, en un impulso formidable de equilibrista, saltó sobre mi cabeza. Un grito, una sombrilla enérgicamente enarbolada, y Catalina hecha una bola oscura a mis pies.

Tuve piedad y me incliné para ver si estaba muerta: se movía. Le asesté un golpe de gracia; fué lo único que pude hacer por ella.



Tuve mis pequeñas preocupaciones sentimentales por su muerte; filosofías vulgares acudieron a mi razonamiento; seguí refiriéndome a Catalina con hilaridad. Una noche alguien dijo: — ¡Pobres tarántulas; son inofensivas! Las he visto andar en grupos por los caminos; los perros les ladran y hostigan con el hocico, y ellas, pesadas, lentas, ni siquiera se le prenden de los belfos...

Catalina, Catalina: te rezo este ligero responso literario, que cobraré.